

Carlos Vattier

Tradición oral



PARA las cosas pequeñas tenía un nombre más pequeño. Mi lengua decía siempre algo más de las grandes cosas. Pero yo veía un área que se poblaba por sí sola y admirablemente al fin de mis palabras. Por eso desconfié de su embriaguez y les impuse una abstinencia que las dotó de incesantes sorpresas.

Entrañable criatura, cosa dada, ángel doméstico, lenguaje mío, dije entonces.

Más o menos así, por esta voluntad de plantar la voz y de echar al vuelo la cabeza, pude ofrecer una colina caminando de ovejas; el pájaro que delira en medio del río; la corriente de la muerte o un pastor abrevando sus mares. Y estaba como seguro que el mundo me buscaba, para que contara su verdad y su fábula. Por esto yo fui lo transparente, y él, a causa de su sumergida fauna de flores y su flora de amables bestias, él daba testimonio de mi transparencia.

En seguida vinieron a mí unos seres orgullosos de su invariable y vieja historia. Reproducían con mucha

soberbia los gestos de los desaparecidos y vestían una ropa cosida de otra forma. Odiando todo lo que olía a familia, los amé tanto. Es cierto que se me filtraban como solapadas y hábiles aguas. Me adelgazaron la sangre: apuráronme el paso; me embalsamaron de costumbres; inventáronme sentimientos para sostenerse y hasta conservo por fuera el caluroso recuerdo de sus manos.

Para amarlos más—porque ya no podía repudiarlos—me puse a perseguir en ellos los restos de la intención con que aparecieron. Que lo diga mi lengua: Ha sido mi más honesto y mejor trabajo en vano.

En esta obscura labranza de caras, podría acaso despuntar una palabra increada.

Además de traducir los gruñidos de mis abuelos en la alborada de las fieras; los resabios civiles de mis padres o el refinamiento de la inconsciencia empeñada en serlo, a esta habla mía le es dado hacerse incomprendible hasta mucho después de mi muerte. Ella dispone de la creación, como una edad de sus sucesos.

Del verbo manaban las mañanas rebalsadas de limo y los torrentes donde se ahogaban los soldados; sopla la primavera por los campos y las torres se alzaron desde él; flota sobre el buey edificado contra su cielo crepuscular y está con el hortelano mudo de sus ansias. Y yo he podido decir y hasta exclamar: Hay una persona que tiene el sabor de toda mi ciudad; las calles llevan a sus ojos; el alcohol me traiciona, quiero un venado sin alas o por esta idea moriría del corazón.

Hasta ahora y debido a este cuerpo articulado dentro de mi voz, no sé si recorro el tiempo o el espacio. Tal vez me libere de mi triste límite. Yo no me extraño cuando me priva de su merced y se vuelve el divino símbolo de sí mismo. De todas mis ocultas facultades se vale en su independencia, pero dice otras cosas.

Con lo que sé, podría entrar también en el sueño de cualquier dormido y conversar con sus visitantes.

Existía algo, sin embargo, que nombraba a diario y que ya no puedo nombrar. Ni inflexión, ni acento, ni frase, ni sonido ni grito logran asirlo.

Lo respiro. Aquí termina mi magnificencia y comienza una sobrenatural miseria,

Entrañable criatura, ángel doméstico; lenguaje mío:
Yo no te he nombrado.